"VIRYA"

ESTUDIOS DE TEOSOFIA, HERMETISMO, ORIENTALISMO, PSICOLOGIA, ETC.

AÑO I	SAN JOSÉ, COSTA RICA, MARZO DE 1908	NUM. 2

Una conferencia

En homenaje al talento y sobresalientes cualidades que adornan al teosofista señor Alejandro Sorondo, esta redacción ha decidido honrar las columnas de su Revista con la hermosa conferencia que tan distinguido hombre público pronunció en la Argentina, hace ya cinco años. Al ser presentado ante su escogido auditorio el señor Sorondo, por el doctor don Santiago R. Gallegos, entre otras cosas, dijo éste así: «El deseo inacabable de saber, en fin, nos ha congregado para escuchar la palabra de un hombre intelectual como el señor Alejandro Sorondo, de quien he de decir simplemente, para no herir su modestia y por ser de nosotros conocido, que es actualmente Secretario de la Cámara de Diputados, Presidente del Instituto Geográfico Argentino, por varias veces reelecto, y declarado *Benemérito* por la Asamblea de la geografía nacional, acordándosele con tal motivo medalla de oro; que es profesor de geografía é historia en la Escuela Normal de profesores de esta capital, socio honorario de varias so-

ciedades geográficas americanas y europeas, y director de la «Revista de Filadelfia» y del «Boletín del Instituto Geográfico Argentino».

Dicha conferencia, es como sigue:

Rol de la Sociedad Teosófica en la Sociedad Moderna

«Es costumbre que se ha generalizado en estos tiempos, la de fustigar con el látigo del ridículo al hombre que no sintiéndose satisfecho con ciertas teorías científicas y filosóficas que pasan en calidad de verdades, é inducido por una tendencia de su espíritu, por una necesidad de su mente ó por un consejo de la razón, dedica su pensamiento durante las horas libres que otros entregan al ocio, á banales pasatiempos ó á la gratificación de sus instintos materiales ó de sus pasiones, á buscar, por senderos diversos de los indicados por la escuela positivista moderna, el mejor medio de acercarnos á la solución de esos obscuros problemas en el fondo de los cuales se encuentra escondido el secreto de nuestro destino, como la razón de ser de toda existencia.»

«La actitud del individuo que así procede, aparece hoy á los ojos del mundo tan insólita y absurda,—sobre todo, después de las repetidas declaraciones de los directores de nuestro movimiento científico, en su gran mayoría, respecto de la imposibilidad humana para penetrar más allá del plano físico, donde, por lo común, se desenvuelven nuestras actividades, y sobre lo ilusorio de todo cuanto se oponga á esa afirmación,—que aquél es naturalmente juzgado como una organización enfermiza, cuyo equilibrio no se ha creído tal vez posible restablecer, sino aplicando el cáustico de la ironía ó del sarcasmo, el que, una vez colocado es raro que deje de martirizar con sus efectos por el resto de la vida

á quien supo de aquella manera atraerse tan solícitos cuidados del buen sentido y de la caridad social».

«He aquí por qué solemos á veces descubrir, esforzándose por ocultar sus tendencias y sus ideas contrarias á las dominantes y hasta disfrazándose con la máscara de un ultra-escepticismo—del que están lejos de participar, pero que es de evidente conveniencia hacer gala al presente,—á muchas personas, distinguidas por su inteligencia, á las que se priva de ese modo de estudios llenos de interés y de provecho, cualquiera que sea la faz por donde se les aprecie; y he aquí también, como se dificulta el camino, ya en sí mismo bastante erizado de obstáculos, de los que, valientes é impertérritos, luchan, á pesar de todo, por el triunfo de los grandes ideales á que esos estudios conducen, y ennoblecen así su existencia haciéndose dignos, por la aspiración y por el esfuerzo, de su origen, de su misión y su destino.»

«Apenas libres de la tiranía de un poder que se abrogó á sí mismo el exclusivo derecho de dirigir la conciencia humana, y al cual prestó su fuerza la ignorancia, hemos levantado sobre sus ruinas un nuevo despotismo, más temible quizás, porque se presenta amparado por el prestigio de deslumbradoras conquistas, propias todas para halagar el orgullo de la especie y satisfacer las exigencias más extremas del sensualismo; el de los representantes de la presunta ciencia positiva, sucesores hoy sobre el pedestal de la infalibilidad, de los hombres de iglesia que antes lo ocuparan. Son ellos, sólo ellos, quienes tienen por tácita y universal delegación, la preciosa facultad de pensar por los demás hombres en cuanto atañe á la manera de examinar y apreciar los fenómenos naturales; y, en consecuencia, son también, en el consenso del mundo, los únicos que pueden y deben decirnos hacia

qué lado tenemos que dirigir la mirada para buscar la verdad, y cuál ha de ser el color del vidrio con el que en su opinión indiscutible, es preciso contemplar las cosas para llegar á conocer la luz que dentro de ellas se oculta.»

«El infalible de la Iglesia, sin necesidad de ser expresamente declarado tal, dominó siglos por medio de la excomunión que colocaba al réprobo fuera de la sociedad de sus semejantes, para quienes pasaba á ser, desde entonces, objeto de invencible horror; y el infalible que hemos creado en los últimos tiempos, no de distinto modo procede cuando, sentando *á priori* principios ni más ni menos firmes que los del primero, se anticipa, con más ligereza que prudencia, á descalificar, por supuesta falta de equilibrio mental, á todos aquellos que, juzgando los hechos con diverso criterio, piensen que tales dogmas, son sólo sombras interpuestas, con perjuicio de nuestro adelanto, entre la conciencia y la fuente de la cual recibe los rayos luminosos de su inspiración.»

«Y así, aun cuando en diferente forma,—porque también las épocas han variado,—se lanza un anatema sobre quien pretenda, por ejemplo, agitar, como elemento para elevarse al saber, las alas del sentimiento, considerado innecesario é inútil en la exploración de los secretos de la Naturaleza; ó se empeñe en escuchar en su propio interior, buscando una orientación que los métodos corrientes no han podido hasta el día precisar, esas voces misteriosas que allí sin cesar resuenan, ecos fieles con los que en nuestro ser se expresa la Armonía Universal. Ellos, sin embargo, no son ni han sido nunca desdeñados por el verdadero sabio; que no es el que vulgarmente conocemos como tal, sometido en todo momento á los prejuicios de una escuela; y es por eso que, para aprender, siempre hemos visto reti-

rarse á la soledad y al silencio de sí mismos á aquéllos que más tarde vinieron á revelarnos alguna de esas leyes, en su función universales, ó á entregarnos, para guías permanentes de nuestra marcha, códigos de moral cuyos preceptos son de una real sabiduría, pues han sido inspirados en el bien, en la virtud, en el amor, lo que equivale á decir, que tienen su raíz en el Principio Supremo, origen y fin de todo cuanto existe.»

«Pero, de esa situación injusta en que aún se halla colocado quien no comulga con el dogmatismo imperante,—situación cuyos rigores vánse dulcificando felízmente cada día, gracias en parte, al esfuerzo incesante de unos cuantos luchadores, y en otra, á las sorpresas de todo género con que la Naturaleza misma parece que se hubiera encargado de ir demostrando el error á los que han pretendido, en los actuales tiempos, conocer algo más que la simple apariencia de las cosas,—no es posible culpar á ninguno de nuestros investigadores científicos, cuya buena fe es, por lo general, notoria, á pesar del errado criterio de que adolecen. Aquella tiene su origen en un fenómeno que se produce y se observa, sin excepción, en todos los órdenes de cosas en el universo, sometidos á esa ley rítmica que hace oscilar el péndulo llevándolo desde un extremo del arco hasta el opuesto. Situados en uno de estos nuestros hombres de ciencia contemplan el paisaje que ante sus ojos se manifiesta, bajo el aspecto correspondiente al punto de mira donde se hallan, y, absorvidos en el examen de él, y sugestionados también por la acción del medio, toman el detalle por el todo, sin pensar que así como cada cosa tiene su anverso y su reverso, de igual manera el cuadro de la Naturaleza tiene su doble faz que no puede ser conocida en su integridad por el observador que lo analice únicamente desde uno de los puntos de su propia curva.»

«He aquí lo que ha permitido á ese estrecho espíritu de sectá, antes indicado, posesionarse de nuestras sociedades y fijar rumbos á la civilización moderna: soplo de bajo materialismo que todo á su paso lo avasalla y marchita, como ha marchitado de aquéllas en el alma, sentimientos y anhelos que fueron en otro tiempo gloria para la raza humana, á la que nunca dejaron de encaminar por las vías del progreso, sirviéndole, además, de generadores poderosos de aliento y de energía.»

«Y he aquí, por qué vemos á la Ciencia, cuyo vasto campo requiere para su cultivo el concurso de todos los elementos de distintos órdenes de que está dotado el hombre, no por un lujo vano, imposibilitada de descorrernos, ni el más sutil de esos velos con que Isis, nuestra fecunda madre, cubre su desnudez. Alucinados por la magia que sobre ellos ejercen los sentidos físicos, y sometidos al testimonio de éstos, como dóciles esclavos, los cultores de la *impropiamente* llamada ciencia positiva, se condenan á sí mismos, sin pensarlo, al infructuoso y eterno trabajo de Sisifo.»

«El fin de la Ciencia es adquirir el conocimiento del Universo, conjunto éste de fuerzas y substancias sometidas á las leyes inmutables; expresión de una inteligencia y de una voluntad supremas que en cada cosa se manifiestan de análoga manera que en el Todo; unidad que íntegramente se refleja en el protilo como en el astro, en el mundo visible y transitorio de las formas como en el más inmenso aún de lo invisible; y, para alcanzar aquel propósito, si él debe ser alguna vez cumplido, ¿puede, acaso, creer el hombre que le basten como instrumentos de observación las míseras antenas de su cuerpo, conformadas para transmitir al interior las sensaciones ó impresiones recibidas por nuestro contacto con una parte mínima del mundo externo?»

«¡Vanos sueños, ridículas quimeras de nuestras mentes obstinadas en apartar la vista de la razón, de la cual, sin embargo, se creen las únicas y reales depositarias! Para penetrar en lo invisible, que es el inconmensurable mar que nos rodea, nuestra débil barquilla necesita, más que del timón que en su exterior se encuentra, del experto y sensitivo piloto que en el interior habita, que es quien sólo puede fijar derroteros á la nave.»

«Es precisamente, cuando se empeña en atraer á sí la inspiración que al genio inmortaliza, que el hombre se abstrae y se concentra, y adormece para ello la actividad de sus sentidos físicos; y es, luego, en ese estado que el sentimiento, de tales trabas libre, logra arrancar al alma sus más dulces melodías, y el ojo interno del sabio suele sorprender de la Naturaleza alguno de los recónditos arcanos. Es también en el silencio de los sentidos exteriores, que la intuición, á manera de relámpago que la nube rasga iluminando las tinieblas del horizonte, así, rápida, la mente cruza y le descubre alguno de esos misterios que el tiempo oculta entre la niebla del futuro; como es en ese mismo silencio, que la voz del presentimiento se deja oir, agitando al corazón con sus proféticos anuncios.»

«Nada, absolutamente nada hay despreciable en el Universo, y todo cuanto en él existe concurre, aunque de distinto modo, á la realización del mismo fin. La palabra «anticientífico», pues, aplicada á aquello que no sigue ó no responde á los métodos experimentales de observación, establecidos hasta hoy como los únicos buenos y verdaderos, es un anacronismo digno de los tiempos en que se sellaba el labio de los intuitivos con la hoguera de Savonarola y Bruno.»

«Si deseáramos darnos exacta cuenta de lo que el testimonio de aquellos sentidos importa, no tendría

nada más que recordar, que, fundados en él, los geógrafos de otras épocas sostuvieron, sin discrepancia, que la Tierra era plana, como sus ojos se la revelaban, y, que de igual manera, contemplando la aparente marcha del sol por el firmamento, Ptolomeo estableció su célebre sistema sideral, siendo aceptado también por todos, que hacía de nuestro globo el punto inmóvil céntrico alrededor del cual giraban los demás cuerpos celestes como rindiéndole el homenaje de su admiración; mientras siglos después se torturaba á Galileo, y los sabios de Salamanca burlaban á Colón, al que trataban de loco, porque uno y otro, contrariando la evidencia de esos mismos sentidos, se atrevieron á afirmar las verdades opuestas á aquellas ideas: verdades que más tarde cubrieron sus nombres de gloria, aunque ya habían sido enseñadas como tales, en la antigüedad, por los sacerdotes de Anmon-Rá, de quienes las aprendió Pitágoras para hacerlas conocer á su vez, en su escuela esotérica de Crotona.»

«No es posible admitir en los tiempos presentes, dada la evolución realizada por el hombre, la que, en cierto modo, lo autoriza á aspirar al dominio absoluto de la Naturaleza, sino debiera hacerlo por otro género de razones, que él se ciegue hasta el punto de empeñarse, como lo intentan los sostenedores de la escuela que critico, en mirar como cosas sin utilidad práctica, facultades de su espíritu que son correlativas con las más poderosas fuerzas del Universo, y sin la ayuda de las cuales jamás podrá alcanzar aquél dominio; y levante en cambio, por todas partes tronos á la materia sometiéndose casi incondicionalmente á la autoridad de los sentidos corporales, cuyo control tiene siempre que ser ilusorio, por más delicados y precisos que sean los instrumentos que les sirvan de auxiliares, tanto más, cuanto que los objetos de observación sólo consisten

en meras apariencias, dependientes, por consecuencia, en su manera de manifestarse al observador, de las condiciones de percepción de éste y de los medios puestos por él en juego para llegar á su fin. A medida que estos medios, que no son otros que los instrumentos, aparatos y reactivos científicos, se vayan perfeccionando, así también las cualidades atribuídas á dichas apariencias deben cambiar, y como no hay un límite establecido para lo primero, estaremos constantemente atribuyendo el carácter de verdades á lo que, en realidad, no son otra cosa que simples ficciones.»

«Si tomamos el aire como ejemplo de esto, nos encontraremos con un caso típico del hecho. En un principio fué considerado como uno de los cuatro *elementos*, es decir como un cuerpo simple, y ese error pasó durante numerosos años en forma de una verdad indiscutible é indiscutida. Más tarde la química logró descomponerlo, revelando que se trataba de una mezcla de oxígeno y azoe,—para no tomar en cuenta sino los principales componentes,—y la verdad indiscutible é indiscutida dejó entonces de ser tal para dar sitio á la de la *indivisivilidad* de ambos gases, principio sobre el cual se edificaron en seguida muchas é interesantes teorías. Pero, el perfeccionamiento de los medios de investigación, que no conoce barreras, siguiendo su camino produjo el derrumbe de la nueva supuesta verdad y presentó á la luz del día, sucesivamente, al argón y al neón, los que nos traen hoy con su presencia la palabra final de la ciencia al respecto, ó lo que es igual, una *verdadera verdad* que tenemos el derecho, á pesar de su carácter, de poner por ahora en cuarentena, en vista de los fracasos sufridos por sus antecesoras.»

«La misma cosa pasa con la totalidad de las *verdades* descubiertas de ese modo, y me bastará

para demostrarlo, hacer presente lo que ha sucedido con respecto al concepto universal que dividía á la materia en orgánica é inorgánica; con las propiedades atribuidas á los cuerpos sólidos hasta el descubrimiento de los rayos Roentgen, que distan mucho de ser la última palabra que se pronuncie sobre el asunto; y finalmente, para no detenerme demasiado en citas que son innecesarias, con el más reciente descubrimiento de la telegrafía sin hilos.»

«Además, ¿podría nadie sostener que el concepto científico que del mundo exterior tenemos, sería siempre igual para nosotros si la estructura de nuestros órganos de percepción hubiera sido distinta de la actual, ó si la intensidad de su poder les permitiese sorprender vibraciones en la materia que sabemos que existen y que todavía escapan á la acción de los más finos y delicados instrumentos? Indudablemente, no. Y esas vibraciones tienen que ser forzosamente percibidas por muchos de los otros seres que habitan también en el Universo, pues sería demasiada pretensión la nuestra, suponer que somos los únicos vivientes con conciencia propia que se mueven en el espacio sin límites, seres, aquellos, conformados de acuerdo con las condiciones especiales del mundo llamados á poblar, y para los cuales la materia debe tener, por dicha causa, estados, propiedades y aspectos diversos y desconocidos también para quienes, desde la Tierra, nos esforzamos por elevarnos hasta la Verdad.»

«En virtud de esa diferente percepción, sus nociones y las nuestras, en el caso, no serán naturalmente las mismas. Así, pues, cuando la ciencia positiva nos asegura que las condiciones de la materia son las que ella ha conseguido determinar con una precisión que, á su juicio, no admite duda, se olvida de agregar que esa verdad es un hecho rela-

tivo que depende de la forma de los lentes por medio de los cuales ha mirado.»

«En la infancia de esta humanidad, en las épocas primitivas durante las que ella no tenía todavía desarrollados elementos de otro género de que poder echar mano para dirigir su inteligencia y apoyar su juicio, que de los órganos materiales de sus sentidos, tanto más sutiles y sensibles cuanto el individuo es más salvaje y más en contacto se encuentra con la Naturaleza, era explicable y perfectamente lógico que sólo se dejara guiar por las indicaciones de ellos, que han sido, indudablemente, la base primera de todo progreso; pero, hoy en el estado de nuestra cultura general, con las nociones adquiridas por medio de la experiencia, no de días, sino de siglos, después de innumerables y sucesivos fracasos que son ejemplos llenos de elocuencia que están ahí, invitándonos á cambiar los procedimientos en uso: en presencia del hecho, no menos sugestivo, que nos muestra á los sabios modernos girando constantemente en un círculo sin salida, y tan distante ahora como ayer, del verdadero fin de la ciencia, que no consiste en estar catalogando nuevos y más ó menos curiosos fenómenos con que aumentar el número de los ya conocidos y clasificados; ante las enseñanzas, opuestas en un todo al modo de ver actual de otras épocas, ya pasadas, pero de efectivo explendor intelectual, enseñanzas que, por lo menos, debieran servirnos como tema de seria meditación; y por fin; ante las lecciones recibidas de aquellos á quienes todos, sin excepción, consideran astros de primera magnitud entre los hombres, por la extraordinaria elevación de su pensamiento y la imborrable estela de luz que han dejado tras sí, es imperdonable, es más, es un delito, permanecer aferrados á una idea que importa el abandono de preciosas conquistas conseguidas á través de dolorosos

y grandes sacrificios y que constituyen el orgullo de nuestra especie.»

«Esperémos, sin embargo, que los que aspiran á fijar (de un modo definitivo al espíritu científico nuevos rumbos), apercibidos al fin de la semejanza de su presente situación con la del apóstol aquel que primero quería VER PARA CREER,— frase que, en resumen, no expresa otra cosa que la desconfianza que es peculiar al ignorante, siempre en guardia ante un posible é imaginario engaño,—reaccionen de sus estrechos procedimientos,—como ya han empezado á hacerlo en los últimos días muchos distinguidos investigadores,—y, sin que para ello tengan necesidad de renunciar al propio campo donde con tanto entusiasmo se mueven, se decidan á penetrar igualmente en esos otros dominios del pensamiento que tan mal aprecian porque no conocen, dentro de los cuales pueden estar seguros de encontrar mayor espacio para la satisfacción de sus aspiraciones y horizontes siempre nuevos y sin cesar teñidos por la luz sonrosada de una aurora.»

*
* *

«La Iglesia dominante, huérfana como la ciencia y como sus demás hermanas, del espíritu que la animara y que debiera constituir la verdadera esencia de la vida, en vez de la severa y modesta túnica propia de su misión y de su carácter, ostenta por todo el Occidente las telas y las joyas de su grandeza.»

«En vano buscaríamos en sus templos la morada humilde donde puedan hallar refugio, adquirir consuelo y retemplar sus fuerzas las almas fatigadas en la lucha por la existencia: pues en lugar de aquélla sólo encontraremos palacios levantados con perjuicio del hambriento y entre cuyas paredes, ante los

ojos ciegos del sectario, la vanidad y el lujo se recrean.»

«¿Dónde está la voz, dónde el acento ha huído que, haciendo resonar la palabra de amor y de verdad, enseñada para sernos repetida, condene desde la cátedra sagrada á la fanática ignorancia, fulmine á la maldad y al vicio, derrame en los atribulados corazones la esperanza y abra las almas á esa luz que diáfana en ellas penetra y se difunde cuando han sido preparadas por la acción de la virtud? La ráfaga de materialismo que ha contaminado todo, ha arrebatado también de sus propios dominios al ideal, el que ha sido sustituido en la mente de los titulados instructores religiosos, por la imagen vacía de un patrón omnipotente y cruel; y es por eso que, perdido el espíritu que diera vida á la doctrina, invadidos ellos mismos por el mal que todo ha avasallado, se sienten impotentes,—simples repetidores de la letra muerta,—para explicar y hacer comprender al pueblo la palabra del sublime Maestro, que mostrara con elocuencia sencilla por qué se debe ser virtuoso y bueno, qué significado tienen la caridad y el prójimo, y cómo se puede encontrar á Dios buscándole, con místico recogimiento, de la conciencia en el profundo seno.»

El mendrugo que se arroja al pobre, y que muchas veces se obtiene para aquel objeto por medio de actos públicos en los que se halaga y se fomenta el vicio, hoy no puede ser comido por el que participe de extraña crencia ó pertenezca á comunión distinta, y necesita, además, para que pueda producir sus efectos en el hambriento, que él le sea entregado previa la imposición de ciertas condiciones.

Pero, basta ya. No es preciso pintar en todos sus detalles, para que sea bien conocido del auditorio, el cuadro que nos ofrece la institución que aspira, por su carácter y sus fines, á ser el báculo que sos-

tenga al hombre en su penoso viaje; institución á la que dirije, como si se tratara de una burla fraguada por la suerte, el enemigo mismo para combatir el cual fué desde su origen destinada.

La filosofía, reducida á su vez, por la fuerza del mismo poder reinante, á mantenerse dentro del círculo donde el materialismo la coloca, ha concluido por plegar sus alas, inútiles ya desde que el positivismo, que está al frente del movimiento intelectual, y las iglesias que, validas de nuestra manera de considerar las cosas que no atañen ni al cuerpo ni á las pasiones, se han encargado de manejar por nuestra cuenta los intereses de la conciencia, rechazan su valor y su eficacia: el primero, porque de antemano está resuelto á negar la realidad de cuanto se pretenda ver desde alturas á las que no puedan alcanzar los medios físicos de observación; las segundas, porque temerosas de los prejuicios que la conquista de una verdad de orden moral ó espiritual debe producir en ese *modus vivendi* que para sí han organizado, tienen que resistir todo aquello que pueda arrojar alguna claridad sobre esa organización.

No podría detenerme, sin abusar demasiado de la benevolencia con que se me escucha, pasando revista á cada una de las numerosas y diversas manifestaciones con que se exterioriza el alma, todas ellas atacadas con un vigor igual por la epidemia que viene todavía dificultando la evolución conveniente del espíritu. Recordaré, no obstante, aunque no sea más que de paso y para agregar otro hecho á los enunciados, cómo no se escuchan ya, sino por rarísima excepción, los acentos del poeta que, vibrante otrora al impulso del sentimiento, buscara y obtuviera su inspiración colocando la mente en el ideal; y cómo el arte, en general, ha descendido, poniéndose al servicio de la industria que en sus obras busca, no el genial pensamiento que al hom-

bre dignifica, sino el elemento llamado á satisfacer una necia vanidad.

Y lo curioso del hecho es, que en medio de esta atmósfera viciada que entenebrece el cielo y estrecha el límite de la conciencia, obligándonos á mirar al suelo, hombres y pueblos no desperdician oportunidad para tratar de engañarse á sí mismos, entonando con todo motivo himnos á una fraternidad que, para ser lógicos, debieran mirar como ilusoria desde que se le quita la base que puede hacerla posible, y cuya bandera sirve con frecuencia para que á su sombra se perpetren crímenes que, por lo inícuos, desmienten el adelanto de nuestra civilización.



Fué considerando la situación que apenas dejo perfilada, y previendo sus peligros para el futuro si una reacción no se intentaba y se obtenía, que en el Oriente nació, en una de esas secretas fraternidades de sabios que, aunque ignorados, llevan una vida entregada por completo al servicio de la humanidad, la idea de la Sociedad Teosófica; hecho que se produjo al empezar el último cuarto de siglo pasado, eligiéndose á los Estados Unidos de Norte América como centro, entonces el más adecuado para ese fin. El instrumento necesario para realizarlo estaba pronto y reunía las especiales condiciones que debieran hacerlo apto para que el propósito no fracasara: era una mujer, de mentalidad poderosa y extraña y de carácter templado como para resistir sin doblegarse la lucha sin cuartel que luego se vió obligada á sostener hasta su muerte: la rusa H. P. Blavatsky, enigma indescifrable respecto del cual el juicio de amigos, extraños y enemigos ha vagado, por lo común, incierto, y cuya sobras,

independientemente de la fundación de la Sociedad, son monumentos que asombran y asombrarán siempre al que se atreva á penetrar en ellos, por la extraordinaria intensidad del pensamiento que los anima y la amplitud, no menos extraordinaria, del saber que allí se encierra.

Creada la Sociedad y vencidos los primeros y más difíciles obstáculos cambió su centro á la India, y comenzó en seguida á extenderse poco á poco por Europa desde donde se ha difundido por fin en cuanto pueblo importante hay en el mundo; y junto con ella y en la misma proporción, la literatura teosófica, antes en absoluto desconocida, ha ido en aumento cada día, produciendo en los últimos tiempos una acción, cuyos beneficios en todo sentido puede el que quiera comprobar. Penetrando multitud de hogares, ha propendido en muchos de ellos á la modificación saludable de costumbres y de ideas, y con la revelación de principios, de antiguo conocidos, pero olvidados y, por consiguiente perdidos, para el saber actual, ha abierto nuevos rumbos, insospechados hasta ahora, al espíritu místico y al espíritu científico, ha dado razón de ser á las más fundamentales divergencias del pensamiento y del sentimiento, armonizando en la unidad toda clase de antinomias; ha descubierto á nuestros ojos un concepto más amplio y aceptable de la vida que, como un Océano sin orillas, baña la inmensidad con sus eternas ondas; ha presentado al hombre, chispa del divino fuego, la noción clara de su responsabilidad, mostrándolo en evolución continua á través de todos los reinos visibles é invisibles de la Naturaleza, y tejiéndose á sí mismo, hora tras hora, la tela misteriosa en que debe envolverse su destino; y ha sorprendido á nuestros sabios con la revelación de leyes universales obrando, con perfecta analogía, en los diversos planos de la existencia y

sometiendo sin excepción, bajo su imperio, todo cuanto vibra en lo Infinito.

Y es debido á eso que las filas de la Sociedad Teosófica vánse engrosando constantemente con el ingreso de hombres y de mujeres de toda raza, de toda creencia, de toda preparación mental, desde el jornalero que fertiliza con el riego de su sudor la tierra, hasta el obrero intelectual que se esfuerza por arrancar sus secretos al arcano; pues, dentro de aquella, cada uno encuentra el alimento que le conviene ó que necesita según sus condiciones ó tendencias y todos se sienten en verdad hermanos, habiendo aprendido, por medio de las enseñanzas recibidas, que, cuando los grandes Maestros que nos legaron sus doctrinas predicaron al hombre la fraternidad, no hicieron sino empeñarse así por el más pronto cnmplimiento de una ley de la naturaleza, por ellos conocida, y que debe realizarse irrevocablemente en un futuro más ó mónos remoto, pero cierto.

Como cada época tiene su fisonomía propia; su civilización especial, de acuerdo á la que hay que ajustar los procedimientos puestos en práctica para conseguir en aquella el propósito que se persigue, no era posible, dadas las características de la actual, pretender introducir reformas que, como las que busca la Sociedad Teosófica, vienen á alterar profundamente el orden establecido, sin la existencia de una vasta organización trabajando simultáneamente en todas partes, en todo momento y en toda categoría de individuos, sin imponer nada á nadie ni exigir otra cosa que la franca aceptación de lo que el propio juicio considere bueno entre el rico conjunto de enseñanzas que pródiga desparrama. Y eso es, y eso hace la Sociedad Teosófica, cuya misión es de paz y de armonía. Levanta allí donde su acción se hace sentir, la simbólica rama de

olivo y confunde en un mismo sentimiento fraternal á todos los hombres, bajo cualquier sol que hayan nacido, bajo cualquier bandera ó creencia en que se amparen.

Lejos de atacar á la ciencia positiva moderna, aplaude sus esfuerzos y sus conquistas, pero critica como deficientes, movida por el anhelo que la hace propender al bien en todos, los procedimientos y los medios de investigación de que echa mano la primera y que la ponen en el triste estado de verse obligada á declarar que es inútil toda tentativa que se haga para penetrar en lo incognoscible, desde que nuestros conocimientos jamás pasarán de la barrera formada por los sentidos físicos y por la conciencia cerebral. Convencida de lo contrario la Teosofía, por sus propios trabajos y por sus triunfos, y en posesión de armas más poderosas y adecuadas que las que aquella tiene, la invita fraternalmente á romper las vallas dentro de las cuales se mantiene prisionera, y, al mismo tiempo, que le ofrece los seguros instrumentos de su uso, le aconseja no limitar sus exploraciones al mundo físico que nos rodea, sino extenderlas también, y preferentemente, al hombre mismo, inmenso y rico campo donde el Universo se retrata y puede entero descubrirse.

Viene, además, á dar fuerzas á las religiones, substituyendo en el espíritu del os respectivos creyentes, la fé ciega, que nada explica al hombre y lo deprime, por la verdadera fé, que es inagotable fuente de progreso, de amor y de consuelo, y que no se obtiene sino cuando la razón trabaja y dirige y el sentimiento contesta con su aplauso.

Considerando que las verdades fundamentales que en todas ellas se esconden bajo diversos símbolos, mitos y ceremonias y dentro de la letra muerta de las escrituras sagradas de todos los pueblos, son las mismas siempre, vestidas con difentes trajes, las

desentraña de allí, las expone y las comenta, para que, bien comprendidas á la luz que arroja sobre ellas, puedan ser aceptadas y sostenidas con más calor aún, por el católico, que será entonces más católico desde que, penetrando en los misterios de su culto podrá saborear recién el fruto que allí se encierra, y de igual manera y por igual razón, por el budhista, por el musulmán, ó por el judío.

No hay, ni puede haber, sino una religión, como no hay ni puede haber sino una sola verdad suprema, y las que se denominan con aquel nombre, no son, en realidad, sino aspectos diferentes de esa Religión una y única.

En una palabra, la Sociedad Teosófica viene á devolver el alma que ha desaparecido del mundo por la maléfica acción de un materialismo sensual y grosero: viene á infundir de nuevo el espíritu de que carecen la Ciencia la Religión y la Filosofía, sublime trinidad en cuyos brazos el hombre tiene que escalar el cielo y realizar el fin supremo de la vida; viene á dar el aliento que les falta á estos cuerpos vacíos, que circulan perdiendo poco á poco su calor, y que, si hoy se mueven y se agitan engañándonos con sus apariencias exteriores, es, porque en virtud de las leyes de la inercia, conservan todavía los secretos de la poderosa fuerza que un día se manifestara en ellos. Viene, por fin, á echar sobre la tierra los cimientos de una nueva civilización, de cuya aurora los primeros y débiles reflejos se vislumbran ya trasponiendo del horizonte la línea obs cura y lejana.

Allí, entre sus filas, os invito á que nos encontremos todos, unidos por un sólo pensamiento, movidos por una común aspiracion; la de propender por el esfuerzo mútuo á la realización de la fraternidad humana, hecho del cual nos aleja la ignorancia.

Unicamente reconociendo aquella y practicándola,

es como el hombre podrá alcanzar el verdadero conocimiento, que es también la felicidad suprema, al que es en vano que aspiremos nunca si en el alma no se escuchan las notas armoniosas del Amor, las que, en la pura fuente de su origen, son unas mismas con los rayos de la luz.» (*Grandes aplausos. El orador señor Sorondo es calurosamente felicitado por la concurrencia.*)

La percepción interna

Mucho se ha dicho y escrito acerca de la existencia de esos seres admirables que llamamos Maestros, Adeptos ó Mahatmas; acerca de sus posibilidades para comunicarse con los demás hombres y acerca de la realidad de los poderes latentes en el espíritu humano, como serían: la visión interna, el poder de transportar la conciencia á cualquier región del espacio, la clarividencia de los acontecimientos pasados ó futuros, etc. Todo el mundo quisiera poder conversar con los Maestros y conocer, por propia experiencia, los poderes espirituales. Todos quisieran poder aplicar, para el conocimiento del Universo Suprafísico, los mismos procedimientos que se emplean para el estudio de las cosas del orden físico que tan imperfectamente conocemos, y que constituyen la Ciencia de que tan envanecidos estamos. Muchos de los que no han podido llegar al conocimiento de que tales poderes espirituales existen, se contentan sencillamente con negarlos. Otros emplean para tal objeto, el convincente procedimiento de la burla y dan fuerza á sus poderosos argumentos con bromas, en las que resplandece el ingenio y luce la gracia.

Pero para los que buscan sinceramente la Verdad

y la aman sobre todas las cosas, pasando por encima de todas las preocupaciones, de todas las supercherías y de todos los prejuicios, *debe* ser evidente que no puede llegarse á Ella si no se ponen los medios conducentes, y si no se consagran á tan noble objeto todas las energías.

Para llegar á la percepción de las cosas del orden espiritual es necesario cierto grado de *desarrollo*, que no puede conseguirse sino mediante una suma más ó menos considerable de *esfuerzo*.

Pretender conocer la Verdad y adquirir poderes superiores de percepción sin preparación alguna, sin esfuerzo y sin desarrollo, es tan absurdo, como sería para un hombre inculto el pretender ejecutar, ó siquiera *comprender* la música de Beethoven; imitar, ó siquiera *ver* las bellezas materializadas en las obras de los grandes pintores, escultores ó arquitectos; tratar de *penetrar* en el pensamiento de Newton ó *sentir* el verbo de Cervantes ó de Castelar, ó la poesía del Dante ó de Milton. El hombre inculto no percibe todas estas grandezas, del mismo modo. La hermosura de la Naturaleza, la armonía de sus leyes, son sentidas y percibidas por los hombres diversamente: según su grado de desarrollo. ¡Cuántos hombres hay que no se han conmovido jamás ante el espectáculo del océano, ó que no han sentido esa extraña emoción que en las noches estrelladas produce la contemplación del infinito espacio!... Es necesario desarrollo, para la percepción en todo orden de cosas. Sin el desarrollo necesario es imposible ver el crepúsculo, sentir la grandeza de las montañas, percibir la belleza de las flores, la de los insectos, de las aves y los peces, ni la de las demás cosas de la Naturaleza. Hasta en las cosas más triviales de la vida se necesita desarrollo. Sólo un hombre muy experimentado, con la percepción visual muy desenvuelta, puede escoger, entre muchas, la espiga

más perfecta para la siembra, distinguir la corrección de un contorno, ó las gradaciones delicadas del color.

*
* *

Si para la percepción en el orden material se necesita desarrollo, cuando se aspira á la percepción espiritual, hay que hacer *un esfuerzo grande y perseverante* por adquirir un desarrollo superior. Juzgar de las cosas sin tener capacidades para ello, es pretensión lastimosa. Las personas que juzgan dogmáticamente de las cosas que no conocen ó que no entienden, por falta del necesario desarrollo, me producen la impresión de unos salvajes del Africa Central que ví hace muchos años en una gran Exposición de Bruselas. Cuando les dejaban salir de su campamento y vagaban por el recinto de la Exposición, las gentes les seguían, para observar el efecto que en ellos producían la música, la luz eléctrica, los espectáculos variados, las máquinas y todas las demás maravillas que, por millares, habían allí acumulado el arte y la industria. Pues bien, el efecto era nulo. Los infelices no veían nada de todo aquello. Su única preocupación era pedir céntimos para tomar tragos de aguardiente. No les bastaban, para ver, los ojos: les hacía falta desarrollo.

*
* *

La evolución de los sentidos espirituales se consigue mediante la voluntad enérgica y el ejercicio perseverante. El grado de adelanto que puede conseguirse depende, además del esfuerzo, de las aptitudes individuales. No todos pueden llegar al mis-

mo punto. No todos pueden comunicarse con los Maestros. Del mismo modo que no todos los que trabajan pueden aspirar á llegar á ser un Dante, un Newton ó un Pasteur. Pero todos pueden estar seguros de que su esfuerzo no será perdido.

*
* *

Siendo el hombre un ser compuesto de elementos espirituales y materiales, la manifestación de la parte espiritual será tanto más perfecta, cuanto menos groseros sean los impulsos de nuestro ser material. En este sentido podríamos comparar á nuestro espíritu, á nuestro Yo interno y divino, con una mariposa, prisionera en la cárcel de grosera materia de nuestro cuerpo. Cuanto menos densa y material sea esta cárcel, más fácil le será al espíritu tender su vuelo. Las personas que aspiran á desarrollar sus sentidos espirituales deben comenzar por aniquilar por completo en ellas, el egoísmo y todas las bajas tendencias materiales. Por esto el materialismo es diametralmente opuesto, por esto nos incapacita para la evolución espiritual. Para que se manifieste el Yo divino, para que nazca,—como decía San Pablo á los primeros cristianos, —el Cristo en los corazones, es necesario tratar de ser como Cristos.

*
* *

De un modo general, todo lo que paraliza ó entorpece los órganos de percepción física, favorece la percepción espiritual. Como que debilitándose los lazos de materia que aprisionan al alma, esta puede entonces manifestar sus mejores cualidades. Así se explica como durante el sueño profundo, la fiebre,

la hipnosis, el sonambulismo, la caquexia avanzada ó la agonía, se producen, muy frecuentemente, los más admirables fenómenos de percepción espiritual. Casi no hay familia en donde alguno de estos fenómenos no se haya producido: y si todos los que han sido testigos de ellos tuviesen la franqueza de declararlos, se podría con la descripción de los mismos, llenar volúmenes interminables. Como muestra de estos fenómenos, relataré uno que tuvo lugar hace poco tiempo, en casa de un conocido y honorabilísimo comerciante de esta capital.

El señor X duerme en un cuarto del piso bajo. Su señora suegra y un niño duermen en el piso alto, cada uno en un cuarto separado. Una noche, el señor X se despertó, oyendo á su señora suegra que gritaba:

¡Niño, niño, apague la candela!

El señor X subió presuroso al alto, y encontró á la señora dormida. Comprendiendo al instante que algo grave sucedía, corrió al cuarto del niño, al que encontró también dormido, con un libro abierto sobre el pecho, y la candela comenzando á prender fuego á la almohada.

Para mí, es este un hermoso caso de percepción espiritual. Para muchos hombres de ciencia podrá tener por causa el subliminal, la subconciencia, ó tal vez el contrafómice.

ENRIQUE JIMÉNEZ NÚÑEZ

El lenguaje de los antiguos símbolos

Algo respecto del sello adoptado por la Sociedad Teosófica

TESTIMONIOS TRASMITIDOS POR LA ANTIGUA SABIDURÍA REFERENTES AL HUNDIMIENTO DE LA ATLÁNTIDA

Contemplando la eternidad . . . .
Antes que fuesen echados los cimientos de la tierra,
. . . .
Tú eras, y cuando la llama subterránea
Rompa su prisión y devore la forma,
Todavía serás Tú tal como eras antes,
Sin sufrir cambio alguno cuando el tiempo ya no exista.
¡Oh pensamiento infinito, Divina eternidad!

RIG VEDA (*Colebrooke*).

Teniendo presente el equivocado concepto que se emitiera aquí hace poco, respecto de la importancia del sello que tiene adoptado como lema la Sociedad Teosófica, he considerado que no puedo dispensarme de dar siquiera una somerísima explicación de su significado: pero no sin antes prevenir, que si entiendo algo en lo que se refiere al concepto efectivo del simbolismo antiguo, no depende de que, según se ha dicho también, me encuentre favorecido por la adquisición de algún sentido anormal, ni de ninguna otra cualidad extraordinaria: consiste tan sólo, en que he llevado á efecto los detenidos estudios,

más elementales, que para la comprensión de tan difíciles conocimientos se requieren.

Diré también, ya que la ocasión se ofrece, que la Antigua Sabiduría pudo hacer uso de su lenguaje simbólico con tan perfecto derecho como el que le asiste á los químicos actuales para expresar por medio de signos determinados sus complicadas combinaciones científicas.

A este propósito, decía con sus acostumbradas oportunidad y gracejo, H. P. Blavatsky:

«¿Puede darse cosa más absurda para el lector no iniciado, que el símbolo $Na_2\ CO_3$ signifique Carbonato de sosa y que $C_2\ H_6\ O$ represente el alcohol? Muy divertido parece el que los alquimistas expresasen su Azoth, principio creador de la Naturaleza (Luz astral), por medio del símbolo $\circ\overset{T}{\underset{H}{+}}>$ que comprende tres cosas: 1ª, la divina hipótesis; 2ª, la síntesis filosófica; y 3ª, la síntesis física, ó lo que es lo mismo, una creencia, una idea y una fuerza. Pero es perfectamente natural que un químico moderno que desea indicar á los estudiantes en su laboratorio la reacción de un carbonato sódico, con el crémor tártaro en disolución, emplee este símbolo: $(Na_2\ CO_3 + 2\ AKC_4\ H_4\ O_6 + A_q) = (2\ Na\ KC_4\ H_4\ O_6 + H_2O + A_q) + \overline{CO_2}$».

«Si al lector ignorante puede perdonársele por contemplar con la boca abierta este abracadabra de la ciencia química, ¿por qué sus profesores no han de reprimir sus burlas hasta que hayan aprendido á conocer la filosófica importancia del simbolismo de los antiguos?» (*Isis sin Velo*, pág. 592).

Véase ahora uno de los significados del sello que encabeza nuestra Revista, según me es posible el poderlo explicar.

En lo alto del sello tenemos una ruedecita, cuyos ejes están figurados por la cruz Svastica, ó martillo de Thor. Dicho martillo, cuádruple, representa

en este caso á los elementos primordiales, y el eje ideal de donde nacen éstos, se considera el punto inicial de energía, cuya tónica les imprime el ritmo vibratorio que es causa de las apariciones y desapariciones periódicas del Universo, de las múltiples apariencias de las cosas, proceso que se conoce con el nombre de días y noches de Brahma.

La causa eterna de la manifestación universal se simboliza por la serpiente mordiéndose la cola, para expresar así que todo existe por consecuencia del impulso de que antes queda hecho mérito, y en virtud de la acción que de él reciben los principios activo y pasivo que son propios de la Naturaleza visible ó invisible, representados respectivamente por la boca y la cola de dicha serpiente. (La luz astral de los cabalistas.) La serpiente fué muy bien elegida para servir de expresión á idea tan grande, teniendo presente la singular cualidad que la distingue de renovar periódicamente su piel, con lo que sintetiza la expresión de la ley de renacimiento, á que todo se encuentra subordinado.

Los principios opuestos, pero armonizados, de la luz y la sombra, del Espíritu y la Materia, de lo permanente y lo transitorio, que corresponden al mundo de las causas y al de los efectos, se hallan representados por los dos triángulos, el blanco y el negro, de vertices divergentes, en el centro de los cuales se encuentra la cruz ansata, clave que encierra la solución de los más grandes arcanos.

Consecuencia: cuando se nos enseña á descifrar, siquiera sea el más sencillo de los significados comprendidos en esta clase de escritura sintética, vemos contenidas en algunas de sus figuras ó signos, lecciones que necesitarían muchas páginas para que fuesen bien explanadas en cualquiera idioma conocido. Este es uno de los puntos de vista á que mira la verdadera simbología; y séame permitido agregar

que uno de los peligros que ella ofrece, es el que se le atribuya á la materialidad de los signos, ciertas virtudes sobrenaturales, pues siempre el vulgo propende á concedérselas á todo aquello que sobrepasa la altura de su comprensión.

El empeño de someter el sentido esotérico, real y efectivo, que en sí contiene la antigua simbología, á las exigencias de ciertas ideas preconcebidas, conduce á errores de interpretación, tales como el de que se nos asegure, por ejemplo, que la Svastica, conmemora tan sólo al instrumento material con que, por frotación, conseguían prender fuego los hombres primitivos, según lo efectúan aún ciertos pueblos salvajes. Cuando consideramos que para nada se necesita que intervenga la forma de la Svastica en el fenómeno de la combustión, provocada por dicho medio en dos trozos de madera, se evidencia lo forzado de conclusión tan peregrina. Pero, como quiera que no somos infalibles, ni pretendemos que se nos tenga por tales, diremos, como ya otras veces lo hemos dicho, que respetamos el juicio que cada cual se forme de estas cosas, pidiendo tan sólo que á nuestros puntos de vista se les guarde la consideración que en los pueblos cultos se le concede siempre á las creencias honradas y sinceras.

* * *

Pasando ahora á tratar de los testimonios que se nos ha trasmitido por la antigua Ciencia, referentes al hundimiento de la Atlántida, *que son muchos*, he de concretarme al que se encuentra expresado simbólicamente en la pirámide de Xochicalco (México); pero después de hacer las siguientes observaciones:

En su obra magna «la Doctrina Secreta,» afirma H. P. Blavatsky, que existen bibliotecas ocultas

que han podido sustraerse al bandalismo de la ignorancia y á las injurias del tiempo; y al proseguir tratando de este asunto dice así: «La tradición de millares de pergaminos antiguos salvados cuando la Biblioteca de Alejandría fué destruída; los millares de obras sanscritas desaparecidas en la India durante el reinado de Akbar; la tradición existente en la China como en el Japón, de que los verdaderos textos antiguos con los comentarios, que únicamente pueden hacerlos inteligibles, y que suman millares de volúmenes, hace mucho tiempo que están fuera del alcance de manos profanas; la desaparición de la vasta literatura sagrada y oculta de Babilonia; la pérdida de las claves que, solas, podían resolver los mil enigmas contenidos en los geroglíficos egipcios; la tradición existente en la India de que los verdaderos Vedas, aunque no son visibles para los profanos, están á disposición del Iniciado, ocultos en cuevas y criptas secretas; y la idéntica creencia de los budhistas por lo que hace á sus libros sagrados.»

«Los ocultistas afirman que todo esto existe, seguro de la expoliación de manos occidentales, para reaparecer en una época más ilustrada», etc.

La Presidenta actual de la Sociedad Teosófica, Mrs. Annie Besant, alude también en su importante libro «Las Cuatro Grandes Religiones», á la existencia de tales bibliotecas, en la forma siguiente: «Sin despreciar las conclusiones á que han llegado tras una paciente y admirable labor, los hombres de ciencia europeos, las he desechado sin vacilar, cuando las he hallado en contradicción con los hechos importantes conservados en la historia oculta, bien sea *en aquellos imperecederos anales* donde el pasado entero todavía puede contemplarse bajo la forma de cuadros vivientes, ó en documentos antiguos cuidadosamente reunidos por los Iniciados y no del todo inaccesibles.»

Efectivamente, que no son inaccesibles, á juicio mío; y tengo la certidumbre de que, de aquellas bibliotecas se le van dando al mundo gradual y oportunamente, los conocimientos que está en aptitud de obtener. Pero si tales bibliotecas no existieran, si por su medio no fuese posible perpetuar aquellos conocimientos que son el substratum de la experiencia de las edades, es tan rica en recursos la Naturaleza, que, en tal caso, ella podría suministrarnos los instrumentos con qué suplir la dificultad. Bastaría con que se consultaran, como siempre se ha hecho, los anales akásicos, por los que tienen adquirido el poder de hacerlo directamente así, ó que se utilizaran los servicios de los videntes verdaderos y debidamente preparados. Estos resultados tendrían un valor muy discutible, sino fuera por la circunstancia de que se producen hoy de igual manera que se produjeron antes, en siglos y pueblos diferentes, y de que, sin conexión alguna entre sí, dichos videntes, confirman los unos las conclusiones establecidas por los anteriores. Además, y pese á las sonrisas de los que ignoran estas cosas, es de tener también en cuenta, que los verdaderos videntes pueden hacernos sus referencias por medio de descripciones simbólicas,—cuyo sentido generalmente ignoran,—en su propia lengua, ó en otros idiomas que les sean completamente desconocidos.

Existiendo como existen tales recursos de investigación, podría decirse que estarían demás las bibliotecas en referencia; pero no es así, tanto porque la investigación de las memorias de la Naturaleza requiere una labor paciente y detenida, cuanto porque las bibliotecas ocultas pueden corroborar las conclusiones obtenidas por procedimientos extraordinarios.

¿Tendremos todavía otros medios que nos pongan en relación con la luz inextinguible de la verdad?

Sí los tenemos: uno de ellos es la intuición, ese sentido íntimo que anticipándose á todo análisis, nos dá la seguridad de que tal ó cual cosa es ó no cierta ó posible. Además, nos quedan las memorias que una sucesión de Iniciados nos ha venido legando, esculpidas en piedras, ó grabadas en metales y en ladrillos, ó escritas en rollos, en papirus, etc., bien en lenguaje hierático, en inscripciones geroglíficas ó en combinaciones simbólicas, cuya expresión externa suele ser el velo de su sentido oculto; y por último, disponemos del maravilloso auxilio de la Psicometría.

Pues bien, volviendo á la interpretación simbólica de la pirámide Xochicalco, diré, que Centro América y México, los cuales, mediante el conocimiento de su etnografía verdadera podrían conducirnos á constatar la existencia de épocas de adelantos extraordinarios, no sospechadas por la civilización actual, nos han legado testimonios sorprendentes de los mismos valiéndose de los medios de que queda hecho mérito, y muy particularmente del simbolismo que campea en sus monumentos arcáicos conocidos, recién descubiertos, y en los por descubrir, de los cuales es un ejemplar precioso la referida pirámide, en la que, como hemos de ver, se dejó mencionado el hundimiento de la Atlántida, si en diversa forma, de manera tan concluyente como lo fuera en la joya de valor inestimable que legó á Costa Rica con su mesa altar, el malogrado Director del Museo de Antigüedades, don Juan Fernández Ferraz.

Respecto de esta mesa, en la que generalmente la arqueología no quiere ver más que un instrumento destinado á ejecutar los sacrificios, y una ornamentación caprichosa, ya tuve el honor de expresar mi opinión, la cual encontró favorable acogida en las columnas de la notable Revista Sofía, en su

número 4, del año IX de su publicación, correspondiente á abril de 1901, y de cuyo número, no por un sentimiento de pueril vanidad, sino para autorizar con ello la discutida realidad de mis puntos de vista, copio lo que sigue:

«Un gran hallazgo, un nuevo testimonio de lejana cultura, una prueba de veracidad tradicional es el descubrimiento arqueológico hecho por el Director del Museo Nacional de Costa Rica, consistente en la mesa altar que él ha denominado Ompa ontla neci Tetl. Como todo hallazgo de esta clase, ha merecido embargar la atención de los sabios, dando lugar á descripciones minuciosas y conjeturas sobre fechas, usos, etc., etc. Pero la suerte ha hecho que pudiera estudiar este documento prehistórico un amigo nuestro, entusiasta teosofista, el cual ha roto los estrechos moldes de la descripción oficial y abierto nuevos horizontes á las interpretaciones simbólicas dentro de documentos publicados por un establecimiento oficial. Prosigue la citada Revista haciendo algunas observaciones referentes al mismo asunto, y da publicidad de mi carta al Director del Museo, á otra que no dí á conocer aquí, en la que yo ampliaba mi tema, y á los principales dibujos que con tal motivo se insertaron en el Informe de aquel Establecimiento.

El Informe aludido vió la luz pública en 17 de abril de 1900; y en el periódico *El Correo de América*, correspondiente á diciembre de 1901, con el epígrafe «La Arqueología en México,» tuve el placer de encontrar un curioso artículo, en el cual se demuestra que «la histórica pirámide de Xochicalco, Morelos, situada á 5395 piés de altura sobre el nivel del mar, conmemora el mismo acontecimiento que, con no menos elocuencia, aunque en forma diversa, testifica á juicio mío la mesa altar del Museo de Costa Rica.»

Dice así el artículo del ilustrado periódico neoyorquino, que no trascribo íntegramente, como quisiera, dada su mucha extensión:

«La Isla de Atlantis. Este monumento, que es de piedra con gran variedad de grabados, puede ser considerado arqueológicamente como un maravilloso recuerdo de los tremendos cataclismos causados por la inmersión y destrucción de la tierra de Mu (Isla de Atlantis) hace ya once mil quinientos años, en cuya catástrofe pereció entre los escombros toda aquella población que formaba un total de 64 millones de habitantes.

. . . .

«Un idioma complicado. Las inscripciones grabadas que figuran en la pirámide de Xochicalco, están, según memorias del cataclismo de la tierra de Mu, en el muy antiguo idioma Maya, cuyos caracteres son una especialidad, escritos ya en forma alfabética y silábica, ya en la pictórica y simbólica; pero conociendo la clave Maya, no es muy difícil interpretar la significación.»

. . . .

«Alegorías y esfinges. Los personajes representados en los grabados de piedra figuran sentados con las piernas torcidas y tienen una cabeza artificial completamente desfigurada y horrible, y hay que advertir que los mayas jamás presentaron hombres con cabezas deformes, ni tampoco patizambos, pues en esto fueron siempre correctos: así es que estas y otras figuras de igual estilo, y algunas raras esfinges, dan á comprender que aquel suntuoso mausoleo fué erigido para conmemorar un gran y terrible acontecimiento, y que los tales grabados vendrán á corresponder á una demostración del terror.»

«Los sagrados misterios. El libro titulado «Los sagrados misterios» del Dr. Le Plongeon, contiene el alfabeto Maya, descubierto por dicho autor, jun-


1
2
3
4
5
6
7
8
9

tamente con el alfabeto hierático egipcio de la antigüedad gentílica: así es que, auxiliándose con este tratado, pueden definirse algunos caracteres inscritos sobre la superficie de la pirámide.»

«Este signo, (fig. 1ª)—Véase la lámina adjunta —que corresponde á la letra H de nuestro alfabeto, unido á este otro (fig. 2), que es la U, dan la palabra Maya «HU» (destrucción) que es del mismo modo la radical de todos los vocablos que indican destrucción, según lo explica tambien el Diccionario Maya de J. P. Parez.

«Debajo de estas palabras hay varios signos que significan: «Tierra en el océano atlántico,» y efectivamente, si seguimos la línea oriental del continente americano desde Terranova, en el Norte, hasta el Cabo San Roque en el Brasil, tendremos exactamente justificado este emblema Maya, (figura 3) por más que tambien el manuscrito Troano al ocuparse de la tierra Mu hace idéntica descripción sobre ese particular.

(Figura 4.) «Esta figura encierra otra importante palabra. El pequeño cuadro que está dentro, corresponde á nuestras letras P. y B, y en conjunto abarca la palabra Maya «Balcah,» que significa «el país y sus habitantes», (la tierra y su gente en el Océano Atlántico.)»

(Figura 5). Dentro de este rectángulo se ve una cara con la boca abierta y medio cuerpo de un animal, todo lo que encierra la palabra «Ppay,» ó sea, para ser reducidos á átomos: así es que, uniendo los exactos significados de esas cinco figuras del idioma Maya, podemos formar la siguiente sentencia: «Destrucción de la tierra y sus habitantes en el Océano Atlántico, para ser reducidos á átomos.»

(Figura 6.) «He aquí una de las deformes y raras figuras grabadas tambien en la pirámide, y con

la que habrá tal vez querido expresarse el terror y la consternación.»

Prosigue el artículo extendiéndose en consideraciones de igual índole, entre las cuales indica tambien el error en que incurrieron Humboldt y Dupaix al confundir en su estudio de la pirámide que nos ocupa, á una serpiente con un cocodrilo, y á las ondulaciones de la misma con una guirnalda de flores, y que de esto proviene el nombre de Xochicalco, (Jardín). Nos dice que la figura «Ma» fig. 7), significa territorio, la (fig. 8) terremoto, y termina indicando que los geroglíficos de que queda hecha referencia «son suficientes para hacer comprender que la tal pirámide fué erigida con objeto de conmemorar la gran catástrofe ocurrida en el Océano Atlántico el día (fig. 9), «13 chuen» del mes de mayo, conocido por «zac,» en el año de «Kan,» que corresponde al 7 de febrero nuestro, todo lo que se relata tambien en el manuscrito Troano.»

Ahora, los lectores imparciales, podrán apreciar en su valor efectivo la importancia de que, sabios de la talla del Dr. Le Plongeón, en cuyos descubrimientos filosóficos descansan principalmente los juicios que informan el artículo en referencia, nos demuestren con tal evidencia que la pirámide de Xochicalco fué construída para conmemorar el hecho que, sin género alguno de duda para mí, conmemora tambien, y aún con mayor precisión y arte, la mesa altar del Museo de Costa Rica.

Filológico

TOMÁS POVEDANO

Asuntos diversos

Propaganda teosófica

Siendo distinguidos por la honrosa amistad del señor don José M. Massó, Secretario General de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica, nos complacemos en reproducir en nuestra Revista los dos artículos siguientes, en los cuales se hace cumplida justicia á las sobresalientes cualidades de dicho señor. Al mismo tiempo, felicitamos al señor Villalón, su digno compañero de propaganda.

¡Con qué elocuencia se revela el generoso sentimiento de altruismo y el espíritu de cultura del pueblo cubano, en esta sincera manifestación de su prensa periódica!

«La teosofia en Santiago

La conferencia del domingo

»Previa invitación á todos los elementos de esta culta sociedad, se vió el teatro «Oriente» bien concurrido por las familias más distinguidas, deseosas de oir predicar la Doctrina Teosófica, y las cuales personas llevaban en sus ánimos la convicción de que iban á oir predicar el amor y la verdad tal cual los predicó Buda, tal cual los predicó Cristo en aque-

llos días en que la humanidad no estaba llena más que de pasiones y egoismos.

»Hoy que el mundo evoluciona de una manera efectiva, y que lo mismo en Grecia que en Rusia y en la India que en la China, las Doctrinas verdaderas de paz y de amor vuelven por sus pasos á tomar el derrotero que aquellos grandes maestros trazaron, es necesario demostrar ante la faz del universo, que este pequeño pedazo de tierra, hospitalario y cariñoso y por todos conceptos adorable, no es de los últimos en ponerse frente á los grandes pueblos para decirles:

»¡Ea! colosos, aquí estoy yo, aquí está Cuba, un pueblo pequeño, pero un pueblo que siente como sentís vosotros la necesidad de la regeneración de la especie humana; soy uno de los que han acudido al campo de las grandes ideas, para dentro de él luchar por la paz, por el amor, por la verdad.

»Comenzó la Conferencia como á las 2 ½ p. m., tomando la palabra el Dr. Arturo Villalón, quien, después de saludar cortesmente al público allí congregado, hizo la presentación del señor José María Massó, Secretario General de la Sociedad Teosófica de la Isla de Cuba, y pronunció un discurso repleto de doctrina Teosófica, el cual varias veces fué aplaudido por todos los que le escuchaban, siéndolo con doble entusiasmo, cuando al decir el señor Villalón que el teosofista debe ser tolerante, le interrumpió un señor, al parecer, espiritista, para refutar los conceptos emitidos por dicho señor Villalón, tomando la palabra el señor Massó y contestándole cortés pero enérgicamente. Parece que á los argumentos del señor Massó nada tuvieron que contestar, y decidieron retirarse, acto contínuo, no sin que el público, siempre bondadoso, aprovechase la oportunidad para aplaudir ruidosamente al señor Massó.

»Continuó en el uso de la palabra el señor Villalón,

y al terminar fué calurosamente felicitado con generales aplausos y generosas manifestaciones de cariño.

»Subió el señor José M.ª Massó á la tribuna en medio de una salva de aplausos y pronunció un discurso magistral, de tal manera encaminado á la moral y á la doctrina del bien, que se hubiera creído que en la tribuna no había un hombre, sino un enviado de Dios para predicar moralidad.

»El señor Massó fué aplaudido varias veces con indecible entusiasmo, y al bajar de la tribuna fué saludado y felicitado por todos los Teosóficos y por el público en general, que se deleitaba escuchándole.

»Con la Conferencia del domingo ha quedado evidentemente demostrado que en la imaginación del pueblo de Cuba, las grandes ideas salvadoras del alma, se desarrollan de la misma manera que en su suelo exuberante se desarrolla todo lo que sirve para la salvación del cuerpo.

»La Teosofía en Santiago

Conferencia en "Oriente"

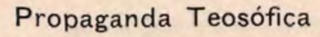
»Al mediodía de ayer, conforme á lo anunciado, se verificó, en el teatro *Oriente*, con el concurso de un numeroso y culto auditorio, la conferencia de propaganda ofrecida por los más caracterizados y entusiastas teosofistas de esta ciudad, en ocasión de encontrarse aquí el respetable caballero é ilustre propagandista de la filosofía teosófica señor José M. Massó, Secretario General de la Sección cubana, correspondiente á la Liga Universal de la misma institución filosófica.

»Ocuparon la tribuna el doctor señor Arturo Villalón y el señor Massó, quienes expusieron en sus aplaudidos discursos una síntesis bastante exacta y

diáfana de la filosofía teosófica, fundada toda ella en el amor á la verdad científica y moral y en el más amplio altruísmo.

»Durante el discurso del señor Villalón tres señores concurrentes, intentando recoger una alusión hecha al espiritismo, interrumpieron al orador, como con ánimo de suscitar un debate; pero gracias á la discreción de todos—teosofistas y espiritistas—y á la muy hábil mediación del presidente de la conferencia, señor Massó, el incidente quedó terminado sin ninguna ingrata consecuencia, y los espiritistas tuvieron á bien retirarse del acto.

»Por todo cuanto pueda contribuir la celebración de actos como el de ayer á la regeneración intelectual y moral de nuestro pueblo, aplaudimos á sus iniciadores, y hacemos votos por el triunfo de todos los ideales que aspiren al progreso y á la felicidad de la familia humana.



Propaganda Teosófica

Asuntos diversos

Correspondencia

Agradecemos el envío del número 221 del periódico *El Semanal de Nicaragua*, órgano de intereses generales.

En dicho periódico leímos un interesante artículo intitulado «Espiritismo y Teosofismo», inspirado en los más nobles y elevados propósitos.

***

Conferencia

La muy instructiva y bien escrita conferencia dada en el Ateneo de Costa Rica por nuestro distinguido compañero el ingeniero agrónomo señor don Enrique Jiménez Núñez, que fué publicada en la Revista «Páginas Ilustradas», será también reproducida en nuestra Revista.

***

Literatura

También tendremos el honor de publicar, original de una de las más distinguidas damas costarricenses, una preciosa producción literaria en la que con

acierto é inspiración notables, se desenvuelve un drama altamente sugestivo, que figura tuvo lugar entre los antiguos indios de Talamanca.

*
* *

Pensamientos

El hombre que procura descifrar los admirables enigmas de la creación para poder justificar á conciencia la sabiduría que en sí contienen, y con el fin de lograr ponerse en aptitud de llenar mejor sus deberes para con la Naturaleza y con sus semejantes, no comete sacrilegio alguno, como por alguien se ha dicho; sino que, por el contrario, lleva así á cabo el cumplimiento de su más elevada finalidad.

*
* *

Copiamos

Del opúsculo de la *Rama Kriya* de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica, intitulado «A los espiritistas de buena fe»:

«En el orden social los hombres se comunican por medio de la palabra, que es después de todo, un fenómeno, y por regla general se dicen cosas que son todo lo contrario de lo que sienten y piensan; y si esto es cierto tratándose de hombres que, teniendo una forma están bajo la mirada más ó menos inquisitiva del que oye, con cuanta más razón será seguro equivocarse cuando un fenómeno similar ocurre en una sesión espiritista.»

«Nosotros no negamos que se producen algunos, muy escasos fenómenos, de índole trascendente, pero es cuando hay una causa muy alta que así lo exige; pero esos fenómenos que los espiritistas, y nosotros mismos, *antes de conocer la Teosofía*, creíamos una comunicación con los espíritus, la razón y

la experiencia nos han enseñado que no hay tal cosa, y, que la comunicación verdadera jamás *desciende*, sino que, por el contrario, sube. Es siempre más moral que el hombre eleve su pensamiento á los seres que ama, con los cuales quiere comunicarse, que violentarles, (caso que pudiera hacerse) á que desciendan á la para ellos asfixiante atmósfera de la tierra. Es decir, que para que la comunicación no resulte un crimen, deteniendo una entidad espiritual en el camino de la evolución, por debilidad, por egoísmo ó por ignorancia, es preciso que por medio de la morigeración de las costumbres, la bondad de las palabras y la espiritualidad de los pensamientos, nos pongamos en condiciones de transportarnos sucesivamente del plano en que vivimos, á los planos superiores...»

***

La Filosofía Esotérica de la India, fué difundida en el Egipto: allí la aprendió Pitágoras; Platón la extendió por la Grecia, donde tomó el nombre de Teosofía. Ammonius Saccas la enseñó en su famosa Escuela de Alejandría, fundada hacia el siglo II de la era cristiana. Dicha escuela vivió, hasta que le puso fin en lo ostensible, la intolerancia de Justiniano en el año de 429.

PERMANENTE

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Esta Sociedad que fué fundada en New York el 17 de noviembre de 1875, y que actualmente cuenta con más de 600 Ramas extendidas por todo el mundo, tiene por objeto:

1º Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta ó color.

2º Fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias Arias, y otras Orientales.

3º Un tercer objeto — perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad — es investigar las leyes no explicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

A nadie se le pregunta, al entrar á formar parte de la Sociedad, cuales son sus opiniones religiosas, ni se permite la ingerencia en éstas; pero se le exige á cada cual, antes de su admisión, la promesa de practicar para con los demás miembros, la misma tolerancia que para sí quiere.

Equivocadamente se ha sostenido por ahí que han existido varias clases de Teosofía, lo que no puede ser. Habrá habido Sociedades cuyas tendencias se conexionen con la TEOSOFÍA; pero según anteriormente lo hemos afirmado, la TEOSOFÍA no ha podido nunca ser más que una, porque una es la Verdad. Elena P. Blavatsky decía á este propósito: «Si habláis de la TEOSOFÍA, contesto que, así como ha existido eternamente á través de los infinitos ciclos del pasado, así también vivirá en el infinito porvenir, porque la TEOSOFÍA es sinónima de la VERDAD ETERNA.»

Esta Revista se distribuirá gratis entre nuestros partidarios y amigos

La Sociedad Teosófica no será responsable de las opiniones que emitan en esta Revista sus redactores